

## Discurso inaugural <sup>(1)</sup>

---

En estos momentos de ásperas inquietudes para las facultades, y dado que la vida universitaria tiende a convertirse en un género épico, es oportuno comprobar el desenvolvimiento normal de la Facultad de filosofía y letras.

No hemos de inquirir las causas de tan extraño fenómeno, pero séanos lícito mencionar uno : me refiero al hecho, por cierto singular en nuestro país, de ser ésta una casa donde sus miembros, profesores y alumnos, tienen una honda y exclusiva dedicación intelectual. Fuera inútil negar una de las más lamentables deficiencias de nuestra Universidad : la mayoría de sus hombres no son universitarios, por lo menos en el sentido pleno del término, esto es, al modo europeo o norteamericano. Prueba de ello es que los más de los profesores son personas en quienes la pasión dominante no reside precisamente en la investigación de la verdad, sentimiento que es el fundamento moral de la Universidad. La mayoría prefiere la explotación técnica y profesional de la ciencia. En el mejor de los casos, esto no puede ser sino una consecuencia útil, pero no constituye la esencia de la vida universitaria. Aná-

(1) Discurso pronunciado por el decano de la Facultad, señor Coriolano Alberini, el día 9 de abril próximo pasado, en ocasión de la inauguración de los cursos. Efectuóse el acto inaugural en el salón de grados ante ercida concurrencia de profesores y alumnos. El profesor Emilio Ravnani disertó a continuación acerca de los estudios históricos en la República Argentina. Su disertación puede verse en *Síntesis*, año I, número 1. Buenos Aires, 1927.

logo reproche merece el alumnado. ¿Cómo explicar que la afluencia de bachilleres hacia ciertas facultades tome cada día caracteres tan alarmantes? Sería realmente extraño que determinadas vocaciones se manifiesten en forma tan copiosa. Ello nos permite presumir que tal vocación no existe, o que cuando existe se halla en general perturbada por las formas más cínicas del utilitarismo inmediato. No otra cosa cabe pensar si se contempla la enorme cantidad de jóvenes decididamente resueltos a ejercer con profunda frialdad íntima las más graves profesiones liberales. Tal estado de ánimo constituye quizá la mejor explicación de ciertos fenómenos universitarios, pues sólo así resulta fácil determinar el origen de tantas pasiones antiuniversitarias. Tal como marchan las cosas no resulta muy cómodo entregarse al estudio, ya que, al parecer, lo más lógico es admitir que en la Universidad también se estudia...

Presumimos que la índole democrática del estatuto universitario tuvo, entre otros fines, el de crear un fuerte fermento juvenil capaz de librar a la Universidad de un espíritu excesivamente profesional, y por tanto de fomentar el advenimiento del tipo de profesor que no sea sino profesor e investigador. En una palabra: que en caso de haber política, ésta debiera subordinarse exclusivamente a los intereses de la cultura. Por desgracia, no es así. La actividad electoral se ha hipertrofiado a costa de la cultura y, lo que es no menos grave, cunde en la Universidad, a la sombra de la buena fe estudiantil, cierta clase de profesor indocto, lleno de verba vacua y tonante, diestro en el manejo rápido y efectista del lugar común; en suma, se trata de un auténtico arquetipo de demagogo en disponibilidad, que habiendo fracasado en el escenario de la política nacional, refugia en la vida universitaria su amargura acometiva y locuaz. Tamaña insubstancialidad militante suele alimentar y pervertir el idealismo inconcreto de la juventud. Decididamente, nos hallamos ante una de las peores hazañas del diletantismo porteño.

Por fortuna, nuestra Facultad se ha librado de esta especie subuniversitaria. En primer término, es del caso recordar que la Facultad debe su existencia a un selecto grupo de hombres, entre los

cuales contábanse muy conspicuos representantes del viejo diletantismo cultural, y los llamamos así porque, no obstante ser hombres llenos de distinción espiritual, en realidad se pasaron la vida soñando fundamentalmente con el prestigio político. Casi todos ellos procedían de la Facultad de derecho. Desaparecieron de nuestro instituto, unos por jubilación y otros por efecto de la reforma universitaria del año 1918. Con todos sus defectos, merecen el homenaje de los sucesores, pues si no pusieron en la Facultad lo mejor de su espíritu y rara vez pugnaron por crearle a esta casa un alma y dotarla de las condiciones materiales de su progreso, en cambio, han tenido el mérito de haberla fundado. Fueron, en su mayoría, hombres de filiación filosófica positivista, y quizá por ello, o por otras razones que no es del caso indagar ahora, se contentaron con un instituto de lacia armazón y vida precaria. Sin embargo, el positivismo consciente o vago de estos hombres tuvo cierto vigor, puesto que fueron iniciadores. Este positivismo gozaba de cierta vitalidad, al revés de lo que ocurre con el positivismo de los epigogos. Los espíritus formados durante la decadencia del positivismo y nutridos por los residuos de esta forma filosófica anacrónica, fueron menos amplios que sus maestros. Nos complacemos en señalarlos porque entre ellos cabe buscar a los enemigos de la Facultad, es decir, a los que la hostilizan con su indiferencia o a los que se ocupan de ella para proyectar su supresión. Vaya un ejemplo: durante la segunda presidencia del general Roca, alguien que tenía autoridad oficial, propuso la supresión de la Facultad de filosofía y letras. Se tramó el golpe al discutirse el presupuesto nacional. Bastaba con un poco de indiferencia y la Facultad habría muerto al poco tiempo de nacer. Pero quiso la suerte que el general Roca, antes de firmar el acta de defunción, consultara al general Mitre, el cual, como era de esperar, pronunció la palabra salvadora. Me es grato dejar constancia de este hecho que me fué referido por el poeta don Rafael Obligado, uno de los fundadores de la Facultad. No nos sorprendamos: Mitre perteneció a la gran generación romántica, la que dió al país el sentido de la cultura y de la libertad orgánica. En cambio,

la prole raquílica del positivismo decadente nos ha suministrado dos clases de enemigos de la Facultad: la de los que quieren suprimirla y la de los que aspiran a captarla. Son dos formas extremas de la enemistad, y quizá la segunda categoría es la más peligrosa, pues suponemos que a los que preconizan la destrucción de la Facultad, nadie les hace caso, porque si tuvieran éxito, entonces sería justo afirmar que, cuando en un país se consigue destruir una Facultad de filosofía y letras, existen buenas razones para creer que el país no la merece. Semejante supresión sería todo un rasgo de barbarie, que no tendría más fin que el de acentuar en el exterior nuestro prestigio pastoral. Puedo asegurar que durante mis visitas a los principales centros culturales de Norte América y Europa, revelar la existencia de nuestra Facultad era el argumento más decisivo para destruir la creencia de que nuestro país es sólo un pueblo de pastores y mestizos. Pero es evidente que los pastores abundan y también los malos pastores, máxime en la vida universitaria.

La Facultad goza de otra clase de enemigos, que por fortuna cuentan con escasísimo apoyo dentro de ella. Me refiero a un grupo de hombres desprovistos de austero sentido cultural. Sueñan constantemente con decanatos y rectorías, y como han fracasado en la política de la propia Facultad, anhelan reponerse en las Facultades nuevas y menores. No tocaríamos temas tan ingrato si no estuviera de por medio más que una simple maniobra de la ambición personal. Pero, es cosa clara, que en el fondo de este asunto se halla la prueba concluyente de que nuestra Universidad falla en una de sus condiciones esenciales. Aludo al problema de la especificidad de los institutos universitarios. Es evidente que si una Facultad no puede producir los hombres que necesita para gobernarse, cabe admitir entonces que ese instituto no puede probar, al menos por ahora, su derecho a la existencia, de lo contrario, debemos presumir que una política extraña a la cultura perturba la libre manifestación de la vitalidad específica de las Facultades.

Pues bien, durante los últimos años nuestra Facultad ha luchado ahincadamente con un decidido propósito: lograr su plena

emancipación política y espiritual. He tenido éxito. Nuestra casa posee un cuerpo docente constituido por personas que no son sino profesores. Se trata de hombres que no viven roídos por el sentimiento económico, por el anhelo de figuración burocrática, ni por la lubricidad de la nombradía sin prestigio. Todos ellos ponen en la cátedra lo mejor de su espíritu. El hecho mismo de que el rectorado actual esté en manos de un hombre de esta casa, es el mejor argumento para probar que la Facultad de filosofía ha contribuido brillantemente a la espiritualización de la Universidad. Por todo ello, nuestro instituto ya no es una pieza política movida por manos de hombres que juegan partidas electorales en otras Facultades. La era del diletantismo abogadil ha terminado en nuestra casa, y no volverá, aun cuando llegara a contar con la colaboración de algunos estudiantes ilusos o pervertidos por la pasión y el interés. Esta triunfante especificidad política y cultural es, pues, el verdadero síntoma del progreso universitario. Y hay que reconocer que por lo que toca a nuestra Facultad, el hecho se ha producido en los últimos diez años. No hay aquí más política que la que impone el estatuto y el interés de la cultura. Pero ocurre que la obra universitaria necesita de ciertas condiciones materiales. Me refiero a edificios, laboratorios, etc. Pues bien, hemos luchado por procurarnos la solución rápida y eficaz de los problemas prácticos de la Facultad.

Confieso mi escasa simpatía por las formas retóricas del idealismo. Tratándose de hombres de gobierno, no hay más idealismo que el que se cultiva con espíritu de efectividad. El idealismo de los seudocuáqueros a la postre siempre se reduce al culto retórico de las formas morales para violar mejor la substancia de la ética. Por eso afirmamos una vez más nuestra animadversión por los gobernantes universitarios solemnes y estériles. Los cargos son instrumentos de trabajo, y el funcionario que cultiva la inercia cubierta de retórica, así sea la más distinguida, incurre en una inmoralidad fundamental. Acorde con estos conceptos, hemos procurado resolver algunos de los problemas prácticos más perentorios. Como es sabido, la Facultad se encontraba imposibilitada

para cumplir sus fines por carecer de los medios materiales del caso. No he de narrar la historia de la negligencia de que siempre ha disfrutado esta Facultad por obra y gracia del público, de los poderes oficiales y del Consejo superior de la Universidad. Con razón se la llamó la Cenicienta. He ahí por qué hemos procurado encarar decididamente la solución de los problemas prácticos, y en primer término la reforma de los locales de la Facultad, ya que por el momento resulta cosa por demás optimista creer en la posibilidad inmediata del edificio propio.

Ante todo, debo recordar que se ha conseguido realizar una de las mayores preocupaciones que tuve al ocupar el decanato: instalar debidamente el Museo etnográfico, cuya riqueza nos da derecho a sostener que es uno de los más importantes de América. El Museo, que durante muchos años estuvo sepultado en los sótanos de la casa, se halla ahora cómodamente instalado en el edificio que antes ocupó la Facultad de derecho y ciencias sociales. Justo es recordar aquí que mis gestiones para obtener el viejo edificio de la calle Moreno lograron el más vivo apoyo en el señor intendente de la Capital, doctor Carlos Noel, y en sus colaboradores más eminentes. El doctor Noel demostró de inmediato un grande y generoso interés por este proyecto, evidenciando con ello su calidad de doctor en letras de París y, por tanto, de ser hombre capaz de obrar movido por un sentimiento de fina cultura, como cumple el autor de la excelente tesis doctoral sobre *Las ideas sociales en el teatro de Dumas*.

La dirección de arquitectura de la municipalidad transfiguró el viejo edificio de la calle Moreno, de tal manera que ahora bien puede abrigar, sin peligro, nuestras magníficas colecciones arqueológicas. En breve será inaugurado oficialmente y abierto al servicio público.

El museo, que había invadido casi toda la casa, al ser trasladado permitió despojar a la Facultad de su tradicional aspecto tenebroso. Ahora hay limpieza, amplitud y luz por doquiera. El decano por fin dispone de un despacho, ya que jamás lo tuvo. El Consejo directivo tiene sala propia, pues funcionaba en una biblioteca. Po-

see la Facultad un amplio salón de grados. Todos advirtieron cuán incómodo era el anterior pequeño anfiteatro. Es esta una de las más importantes reformas, pues nuestra Facultad no sólo produce doctores y profesores, sino que también ejerce la extensión universitaria en grande escala y con toda dignidad intelectual, esto es, sin espíritu de popularismo banal. Es esta la Facultad que atrae mayor público de todas las clases sociales, y donde han hablado los intelectuales extranjeros más eminentes del mundo, tales como Einstein y otros que están en la memoria de todos. En breve actuarán aquí Langevin, el gran físico francés, Farinelli, el célebre especialista de literatura comparada, y el eminente americanista Rivet. Esta superior forma de extensión universitaria, practicada con un alto espíritu de cultura fermental, necesitaba una sala adecuada. Por fin, contamos con ella, aunque no es tan amplia como fuera menester. No menos dignas de mención son otras reformas como ser el nuevo piso agregado a la biblioteca, que ha permitido la buena instalación de las bibliotecas Dobranich y Zuberbühler; las nuevas aulas instaladas en los espacios dejados por el museo, y las salas para las alumnas, amén de que pronto se procederá a reorganizar los locales de la secretaría. En síntesis, no obstante tratarse de un edificio poco apto para las actuales funciones universitarias, lo cierto es que, merced a semejantes reformas, esta casa ha dejado de ser el sórdido habitáculo de las incipientes humanidades argentinas.

Reforma no menos interesante constituye la nueva instalación de los institutos científicos de la Facultad en la amplia casa de la calle Reconquista, que consta de más de treinta habitaciones. Aparte el instituto de psicología experimental y los gabinetes de historia del arte y de historia universal que funcionan en esta Facultad, la nueva casa alberga los institutos de historia, de geografía, de literatura y filología. Además, allí se instalarán otros institutos y funcionará la Academia de filosofía y letras. Inútil encarecer la importancia de estas instalaciones, pues es conocida la ingente actividad de esos institutos científicos, bien revelada por numerosas publicaciones, las cuales sin duda son desconocidas por



sonal. Compréndese que con tal estado de cosas, ni las facultades de filosofía ni los institutos similares puedan contribuir eficazmente a la creación de una buena enseñanza secundaria, cuya deficiencia explica algunos de los caracteres de la incultura nacional. Para honor de la Universidad, justo es decir que el Colegio nacional de Buenos Aires y el Instituto libre de segunda enseñanza no otorgan cátedras sino a quien tiene título profesional. Sólo puede eximirse de él quien posea probada personalidad intelectual.

Pero, entre tanto, a la espera de que el espíritu público y los poderes oficiales pongan sobre estas instituciones sus manos protectoras, nos consolamos ejerciendo ampliamente la extensión universitaria y la investigación científica. No es poco. Quizá hacemos precisamente algo muy esencial; pero no se comprende por qué estas facultades, al modo de sus similares europeas o norteamericanas, no han de poder crear hombres de estudios y de amor a la docencia. Recuerdo que un ex ministro de instrucción pública, notorio enemigo de esta casa, discutiendo conmigo, me dijo, con la mayor serenidad del mundo: « La Facultad de filosofía no tiene por fin crear profesores, sino historiadores y filósofos. Si ella da, siquiera cada cuarenta años, un filósofo o un poeta, queda justificada su existencia. » Como se ve, el señor ex ministro mucho estimaba a la Facultad de filosofía y letras. Lástima que el amor tenga formas tan mortíferas, pues semejante apologética de la Facultad recuerda a aquel personaje, no sé si de Voltaire, que se complacía en arrojar piedras a la cabeza de un señor con el objeto de espantarle las moscas. ¿A qué se reduce la dialéctica del señor ministro? En el fondo, a esto: El fin de la Facultad consiste en crear lo que ella no puede crear, puesto que Salamanca no puede reemplazar a la naturaleza. Si admitiéramos la lógica del señor ex ministro, resultaría que el Colegio militar tiene por objeto elaborar Napoleones. Pero supongamos que la Facultad de filosofía pudiera convertirse en un vivero oficial de genios, ¿sería esa una razón para privarlos de actuar en la enseñanza? De lo contrario, ¿qué hacer con estos genios desocupados? ¿De qué podrían vivir? El señor ex ministro no halló respuesta; pero yo, en su lugar, la

habría encontrado diciendo, que, en este caso, lo más lógico consistiría en convencer a los egresados de la Facultad que ellos no tienen sino una misión: la de dedicarse exclusivamente a hurgar las entrañas de lo absoluto, contemplar la esencia del ser y fijar su domicilio legal en el tonel de Diógenes. En cambio, las cátedras deberán otorgarse a cualquiera, o a los pedagogos absolutos, quienes sólo estudian para enseñar, es decir, que tienen del saber un sentimiento puramente profesional. Es claro que semejante tesis descansa sobre uno de los peores prejuicios puesto de moda por el positivismo pedagógico, el cual cree que la forma didáctica del saber es más importante que el saber mismo. Por eso no está de más recordar, para que se vea la fecundidad del absurdo, que semejante criterio explicó la fundación de la extinta Escuela normal superior, pueril remedo verbal de la de París, hoy en decadencia y anexada a la Universidad, pues en la capital francesa nadie ignora, como lo he comprobado hace poco, que esa institución en esencia no difiere de la Sorbona. Idéntica enseñanza y, en general, los mismos profesores. Por otra parte, nadie ignora, que la Escuela normal superior de París debió su brillo precisamente por lo que tuvo de casa de altos estudios, y no merced a tal o cual finalidad pedagógica.

En la mente del aludido ex ministro, la Escuela normal superior, tal como existió aquí, tenía finalidad pedagógica, es decir, se redujo a una precaria creación de la prosaica fantasía comtiana. En otros términos, fué una de las últimas hazañas del positivismo jubilado.

Sea lo que fuere, lo cierto es que nuestra Facultad logra cada día mayor incremento, no obstante la indiferencia oficial y los ataques de la incomprensión y de la barbarie ambiente.

Resuelto en parte el problema de los locales, cumple ahora iniciar la reforma espiritual de la Facultad.

Claro está que no profesamos mayor fe en la virtud de los planes de estudios. Sabido es que todo es cuestión de hombres. Pero, no es menos cierto que un plan de estudios debe tener cierta plasticidad, lo que implica que no se le debe considerar como una

obra del gabinete sino como obra de gobierno. De ahí que habiéndose modificado un tanto la situación cultural del país, y contándose con un abundante alumnado y mayores recursos, resulta oportuna una revisión del plan de estudios. La reforma estará inspirada en el propósito de conservar e intensificar la unidad humanista de los estudios propios de esta casa, pero procurando que esa unidad no impida al estudiante acentuar el matiz histórico, literario o filosófico, de acuerdo con su vocación. Pero, como se comprende, lo primordial reside en dar a la enseñanza una entonación concreta, lo cual ya se ha logrado en parte merced a la institución de los seminarios, con los trabajos prácticos y las lecturas obligatorias. Objeto de especial consideración fué la enseñanza del latín. Es sabido que esta Facultad se encuentra en el grave inconveniente de que sus alumnos ingresan ignorando lo que bien sabe el alumno de facultades europeas. Ello impone a nuestro instituto la difícil tarea de cumplir deberes propios de la enseñanza secundaria. Tal es el caso en latín. Por otra parte, justo es reconocer que el latín elemental de la Facultad entorpece la enseñanza de otras asignaturas, pues ocurre que el estudiante de vocación histórica o filosófica llega al quinto año y aun no puede hacer uso de su latín. El Consejo directivo ya ha iniciado la solución de ese grave problema. Comenzó por intensificar la enseñanza del latín en primer año, merced al doble horario, nombrando un ayudante para la corrección de deberes y para dictar clases complementarias. Existen buenas razones para creer que el experimento ha tenido pleno éxito. Si él continúa, ello significará que los alumnos, al llegar a tercer año, ya se habrán librado de los rudimentos, y estarán en condiciones de gustar de una lengua que por lo general les inspira horror.

Análoga cosa se ha hecho con otras materias de primero y segundo años. Es de esperar que en lo futuro se generalizará este procedimiento de enseñanza a todas las materias. Ello ha de permitir a la Facultad producir nuevos egresados, llenos de vocación humanista. Luego, los que tengan espíritu docente, podrán inscribirse en el departamento de didáctica con objeto de aprender a

¿esta  
no?

enseñar. Y decimos luego, por que en nuestra Facultad no se admite la tesis de los pedagogos, quienes consideran que se debe estudiar para enseñar. Preferimos creer que se debe estudiar movidos exclusivamente por amor a la verdad, y después, ya provistos de vocación enérgica y saber concienzudo, será el caso de adquirir aptitudes didácticas. Creer lo contrario es una manera de llevar a la enseñanza secundaria y universitaria los procedimientos de la primaria, en la cual reconocemos que nuestros normalistas son hombres realmente beneméritos. Pero como en nuestra Facultad no admitimos los prejuicios del pedagogismo, es natural que los cursos del doctorado sean previos a los del profesorado. He aquí nuestra tesis: primero saber por saber, luego enseñar, si tal le place al que de veras sabe algo. Subordinar la ciencia a los fines de la enseñanza, es enervar el espíritu de la ciencia. Creer lo contrario es caer en las vacuidades del formalismo normalista. Tampoco admitimos el especialismo extremo. No se concibe que un profesor de historia sólo sepa historia: La cultura humanista, es decir, histórica, literaria y filosófica, es una e indivisible, aunque resulte difícil descollar igualmente en todas las formas del humanismo; pero esta dificultad no da derecho a perder el sentido de la unidad humanista y caer en el especialismo histórico, filosófico y literario. Una persona que sólo sabe historia nunca podrá comprender, por ejemplo, las teorías historiográficas de Croce. Con justicia se ha dicho que una historia sin espíritu filosófico es grueso empirismo, y que una filosofía sin cultura histórica y científica es cosa que puede llevar al abuso de la abstracción. Vese, pues, que un plan de estudios para una Facultad de filosofía y letras debe eludir dos defectos: el especialismo extremo y el espíritu normalista. Evitaremos el primero, fomentando el sentido de la unidad humanista, y el segundo, anteponiendo el doctorado al profesorado.

De lo dicho, bien se colige que la Facultad de filosofía y letras responde a los siguientes fines: Primero, preparar doctores en historia, filosofía y letras; segundo, preparar profesores para la enseñanza secundaria y normal en materias humanistas; tercero, reali-

zar la extensión universitaria en su forma superior y fermental, y también con carácter noblemente popular; y cuarto, cultivar ampliamente la investigación científica por medio de institutos y seminarios, los cuales ya cuentan con una abundante y prestigiosa producción. Buena prueba de esto constituye la conferencia que ahora vamos a escuchar. La pronunciará el doctor Ravignani, director del Instituto de investigaciones históricas de la Facultad, distinguido ex alumno de ella y concienzudo propulsor de la nueva forma de los estudios históricos en la Argentina.

CORIOLOANO ALBERINI.